

que se contaban sucesos y se hablaba de los más diversos temas, pasando con espontaneidad de lo humano a lo divino. Posteriormente recomendó que en todos los Centros del Opus Dei, y en las convivencias y cursos de formación para fieles de la Obra, hubiera, de ordinario, después de las comidas un rato de reunión o de tertulia.

Ese trato familiar y sencillo lo aplicó también a sus viajes de catequesis, que tuvieron lugar por Europa y América, de 1972 a 1975. Fueron reuniones que convocaron a miles de personas, pero que no tenían un tono de predicación formal, sino de diálogo. Solían comenzar con unas palabras pronunciadas por él (unos diez o quince minutos) y enseguida se pasaba a las intervenciones y preguntas. Aunque los asistentes fueran centenares, tenían sabor de encuentro de familia, de tertulia, como al propio san Josemaría le gustaba señalar.

Voces relacionadas: Descripción general del Opus Dei (ver Introducción); Justicia; Responsabilidad; Solidaridad.

Bibliografía: AD, 222-237; C, 440-469; CONV, 113-123; ECP, 31-39, 162-170; OIG, *passim*; BENEDICTO XVI, Cart. Enc. *Caritas in veritate*, 2009; Id., *Jesús de Nazareth*, Buenos Aires, Planeta, 2007; CONCILIO VATICANO II, Decl. *Nostra Aetate*, 1965; CDSI, nn. 4, 40-43, 147; José Luis ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Pamplona, EUNSA, 2007; FRANCISCO FERNÁNDEZ-CARVAJAL - Pedro BETETA, *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Palabra, 1995; Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1995⁸; Pedro RODRÍGUEZ, "El Opus Dei como realidad eclesiológica", en OIG, pp. 107-112; Pilar URBANO, *El hombre de Villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995.

María Amalia PÉREZ BOURBON

FUNDACIÓN DEL OPUS DEI

1. Una misión fundacional. 2. La fundación del Opus Dei: acontecimientos centrales.
3. Epílogo: fin de la etapa fundacional y comienzo de la etapa de la continuidad.

El beato Juan Pablo II, en la Const. Ap. *Ut sit*, afirma solemnemente que san Josemaría Escrivá de Balaguer fundó el Opus Dei, por inspiración divina –“*divina ductus inspiratione*”–, el 2 de octubre de 1928, en Madrid, y que desde entonces se esforzó en llevar a la práctica la doctrina de la llamada universal a la santidad, y en promover entre todas las clases sociales la santificación del trabajo profesional y por medio de ese trabajo (cfr. JUAN PABLO II, Const. Ap. *Ut sit*, 28-XI-1982: AAS 75 [1983], pp. 423-425). El origen histórico del Opus Dei no es atribuible a una acción humana premeditada, sino a la irrupción imprevista de una luz e impulso fundacionales en la persona de aquel joven sacerdote –san Josemaría contaba veintiséis años de edad– llamado por Dios a ser su fundador. Además del día exacto, es también conocido el lugar de ese acontecimiento: san Josemaría se encontraba realizando un retiro espiritual de varios días –el derecho canónico exigía a los sacerdotes diocesanos que lo hicieran cada tres años– en la Casa Central de los PP. Paúles de Madrid, situada en la calle García de Paredes. Los relatos biográficos –que en lo esencial son puro eco, en este punto, de los materiales autobiográficos conservados–, se extienden en narrar las circunstancias anteriores y posteriores a aquel momento (cfr., por ejemplo, BERNAL, 1976, pp. 109-116; GONDRAND, 1984, pp. 50-53; BERGLAR, 1987, pp. 67-75; SASTRE, 1989, pp. 90-99; AVP, I, pp. 113-120).

A partir de esos relatos, cabe destacar como clave característica del comienzo histórico del Opus Dei su absoluta imprevisibilidad. Josemaría Escrivá de Balaguer desconoce hasta ese día qué le pide Dios, aunque sabe que algo quiere, pues lleva años en vigilante espera. Desde los dieci-

séis años cultiva una actitud, que podría denominarse vocacional (la denominaba “barruntos”), de disponibilidad ante lo que Dios quiera para su vida, pero que aún no le ha mostrado. Desde los dieciséis a los veintiséis años vive en una espera activa, plena de acontecimientos, que orientan su vida en una dirección clara –el sacerdocio–, aunque su meta final es desconocida.

San Josemaría señaló en muchas ocasiones que antes del 2 de octubre de 1928, no pensó jamás fundar nada. Sus testimonios son elocuentes –como recoge, con textos de San Josemaría, Mons. Álvaro del Portillo (cfr. DEL PORTILLO, 1992, pp. 26-33; leemos en la p. 33: “El Señor me ha tratado como a un niño: sí, cuando recibí mi misión, hubiera llegado a darme cuenta de lo que me iba a venir encima, me hubiera muerto. No me interesaba ser fundador de nada. (...) El Señor, que juega con las almas como un padre con sus niños pequeños –*ludens coram eo omni tempore, ludens in orbe terrarum* (Pr 8, 30-31)–, viendo en los comienzos mi resistencia y aquel trabajo mío entusiasta y débil a la vez, permitió que tuviera la aparente humildad de pensar –sin ningún fundamento– que podría haber en el mundo instituciones que no se diferenciaron de lo que Dios me había pedido. Era una cobardía poco razonable, la cobardía de la comodidad, y simultáneamente una confirmación de que no me interesaba, hijos míos, ser fundador de nada”: *Carta 14-IX-1951*, n. 3: AGP, serie A.3, 93-3-2).

Son palabras explícitas tanto al manifestar el desconocimiento de la que iba a ser su tarea histórica fundacional, como al proclamar que el Opus Dei había brotado no de su voluntad, sino de la Voluntad de Dios. En otra de sus *Cartas* encontramos las siguientes palabras: “Con esa repugnancia a las fundaciones, a pesar de tener abundantes motivos de certeza para fundar la Obra, me resistí cuanto pude: sírvame de excusa, ante Dios Nuestro Señor, el hecho real de que desde el 2 de octubre de

1928, en medio de esa lucha mía interna, he trabajado por cumplir la Santa Voluntad de Dios, comenzando la labor apostólica de la Obra” (*Carta 9-I-1932*, n. 84: AGP, serie A.3, 91-3-1). “Todo es suyo y nada mío” se lee en esa misma carta, y de esa evidencia brotan otras muchas afirmaciones de un tenor semejante, que encierran un gran interés histórico-biográfico. Por ejemplo, ésta: “*La Obra de Dios no la ha imaginado un hombre (...)*. Hace muchos años que el Señor la inspiraba a un instrumento inepto y sordo, que la vio por vez primera el día de los Santos Ángeles Custodios, dos de octubre de mil novecientos veintiocho” (*Instrucción*, 19-III-1934, nn. 6-7: AGP, serie A.3, 90-1-1).

En ese “ver” la Obra de Dios –el verbo “ver” es el que utilizaba san Josemaría para mencionar el hecho fundacional– queda también expresado el preciso momento en el que conoció y abrazó en su alma el querer concreto de Dios; es decir, el inicio del camino del Opus Dei en la tierra.

1. Una misión fundacional

Las dos principales características de la figura histórico-eclesial de san Josemaría son su condición de iniciador de un nuevo camino de santificación en la Iglesia y, juntamente, su cualidad de maestro de vida cristiana, en cuanto portador y transmisor de ese nuevo camino de seguimiento de Cristo y de búsqueda de la santidad. Ambas características son inseparables y se exigen mutuamente, por lo que destacar una pide prestar al mismo tiempo atención a la otra. En este sentido, la figura y la enseñanza de san Josemaría deben ser estudiadas en el contexto de la misión que Dios le encomendó y a la luz de los dones carismáticos que dan razón de esa misión.

Se ha de procurar evitar, en consecuencia, toda separación entre su persona y el cumplimiento de la obra a la que fue llamado. Desde el 2 de octubre de 1928 aquel joven sacerdote se supo escogido por Dios para desarrollar una misión es-

pecífica al servicio de la Iglesia y, a partir de entonces, la conciencia de la misión informa de manera constante su vida y sus obras.

Desde la perspectiva conceptual, la noción de “misión fundacional” incluye las notas de singularidad y especificidad. No existe una genérica vocación de fundador, sino llamadas personales de Dios a realizar tareas fundacionales concretas, que llegan acompañadas de las luces y dones necesarios para capacitar a la persona llamada. Tal dotación de gracias se denomina habitualmente “carisma fundacional”, o quizás mejor “carisma de fundador”.

El carisma de fundador posee tres dimensiones o características que resaltan en la vida y en las obras de sus receptores, como de manera patente sucede en san Josemaría, en quien nos fijamos más de cerca:

a) *Dimensión pneumatológica*

Un fundador es una persona suscitada y movida por Dios mediante su Espíritu, de quien se deja guiar poniéndose plenamente a su disposición. Tiene conciencia de verse simplemente como un instrumento, pero también de ser alguien que debe realizar en primera persona el encargo que se le ha confiado, con el que se llega a componer plenamente. Y así, en efecto, la existencia cotidiana de san Josemaría está jalonada de momentos fuertes e inesperadas luces a través de los cuales se establece el ritmo peculiar de la fundación, “al paso de Dios”. Un “pasar divino” pleno de significados teológicos, espirituales y pastorales. Es Dios quien pone los fundamentos, distingue las etapas y marca las metas de cada momento. “Los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Rm 8, 14), enseña san Pablo, y el joven fundador experimenta que el Espíritu Santo le va llevando hacia donde Dios quiere, suscitando en su alma un hondo sentido de filiación. Y él se deja llevar con la docilidad de un hijo pequeño. “¿Habéis

visto cómo juega un chiquillo con su padre? El niño tiene unos tarugos de madera, de formas y de colores diversos... Y su padre le va diciendo: pon éste aquí, y ese otro ahí, y aquél rojo más allá... Y al final ¡un castillo! Pues así, hijos míos, así veo yo que me ha ido llevando el Señor *ludens coram eo omni tempore: ludens in orbe terrarum* (Pr 8, 30-31), como en un juego divino” (*Carta 25-I-1961*, n. 2: AGP, serie A.3, 94-2-2).

b) *Dimensión cristológica*

La inspiración del Espíritu Santo en un fundador tiene como objeto primordial el misterio de Cristo, y concede una singular comprensión de alguno de sus aspectos revelados, en torno al cual el fundador edifica –con las gracias recibidas– su obra y desarrolla su enseñanza. La acentuación de ese aspecto o perspectiva particular no ha de ser tenida como limitación: lo particular se convierte en clave de intelección y de adhesión a Cristo y a todo su misterio global, y es guía y criterio para el desarrollo de un determinado servicio en la Iglesia. En el espíritu fundacional de san Josemaría late fuertemente, en concreto, el misterio del obrar humano de Jesús, santo y santificador, en sus años de Nazareth: “Hemos venido a llamar de nuevo la atención sobre el ejemplo de Jesús que, durante treinta años, permaneció en Nazareth trabajando, desempeñando un oficio” (CONV, 55). Y desde esa particular y profunda perspectiva expresa su enseñanza sobre la existencia cristiana; por ejemplo, con estas palabras: “Imitamos la vida oculta de Jesucristo y, por eso, llevando dentro una gran luz, un fermento de fecunda novedad, sin rarezas –porque no estamos llamados al espectáculo– procuramos santificar la vida ordinaria: el trabajo, la amistad, la familia, los afanes nobles del mundo, la edificación de la sociedad temporal...” (*Carta 6-V-1945*, n. 10: AGP, serie A.3, 92-4-2). A esa luz, el mensaje fundacional de san Josemaría y la experiencia espiritual que le acompaña, manifiestan una singular nove-

dad en el modo de entender el significado de la existencia del “cristiano corriente” y su enraizamiento en el misterio del Redentor, lo que le lleva a contemplar el sentido divino de su vida cotidiana (*alter Christus, ipse Christus*) con particular clarividencia.

c) *Dimensión eclesiológica*

Dios, por medio de la persona llamada a abrir en la Iglesia un nuevo camino de santificación, quiere dar vida a un organismo social, una institución que concurra a la realización del plan de salvación. El fundador es llamado a iniciarla, impulsarla y sostenerla para que sirva como instrumento de santificación y de evangelización, y contribuya a la actuación de la misión salvífica de la Iglesia. Algunas misiones fundacionales, como la de san Josemaría, traen consigo una singular novedad, pues con su desarrollo quiere Dios revitalizar y rejuvenecer en algún aspecto la existencia cristiana. San Josemaría alude constantemente, de modo directo o implícitamente, a la naturaleza y finalidad propias del Opus Dei, a su radicación en la misión de la Iglesia, sobre todo en el contexto de la descripción de la vocación-misión cristiana de sus miembros. A esa cuestión –que se encuentra tratada en diversas voces de este Diccionario– aluden, por ejemplo, estas palabras: “Cuando Dios Señor Nuestro, el día 2 de octubre de 1928, suscitó su Obra, dentro del Cuerpo Santo de la Iglesia, le dio una finalidad específica; y con ella, un espíritu peculiar y el modo apostólico de trabajar, que le es propio” (*Carta 15-VIII-1953*, n. 6: AGP, serie A.3, 93-4-2).

2. La fundación del Opus Dei: acontecimientos centrales

La intervención de Dios en la vida de los fundadores asume modalidades diversas en cada persona. En algunos casos se trata de una inspiración directa o inmediata, una gracia de orden místico con la que Dios manifiesta de manera clara y al mismo tiempo no completamente definida

–sin dar a conocer todos los detalles– el plan que quiere llevar a cabo mediante el fundador. Este tipo de inspiración se puede presentar como una visión intelectual o sensible, una iluminación interior, una moción espiritual. Otras veces se trata de una intervención divina que se cumple no a través de fenómenos de tipo místico sino por medio de una inspiración indirecta, ligada, por ejemplo, a determinadas circunstancias de carácter biográfico, o determinados hechos históricos, sociales, etc. (cfr. CIARDI, 1982, *passim*).

En el primer tipo –en el que se encuentra la inspiración fundacional recibida por san Josemaría– es frecuente que el fundador describa su experiencia en términos de luz, luces intelectuales, locución interior, visión, intuición, contemplación. Pero ese momento de iluminación, fácilmente individualizable en la claridad de la iniciativa divina, no es algo aislado del resto de la existencia del fundador, sino que suele formar parte de un recorrido que lo precede y lo sigue. Hay una fase de preparación y una fase de realización sucesiva.

La fase preparatoria incluye un crecimiento progresivo en la vida espiritual, una particular intimidad de vida con Dios, y una preparación en función del carisma y la misión que serán confiados al fundador, que es preparado gradualmente por obra de la gracia mediante luces interiores, dones diversos y circunstancias externas, y sólo después llegará el momento de la iluminación fundamental. San Josemaría hablaba, en concreto, de su “época de los barruntos” como de un tiempo lleno de gracias singulares, que le iban conduciendo como de la mano hacia aquello que Dios quería y él no conocía. Comenzó a experimentar en aquellos años “una sed insaciable de Dios” (AGP, P01, 1975, p. 103). Mucho más tarde recordará cómo, a través de “cosas aparentemente inocentes, de las que [el Señor] se valía para meter en mi alma esa inquietud divina” (*Meditación*, 14-II-1964: AGP, P09, p. 72), fue siendo empujado suavemente por la gracia “a la comunión diaria, a la purifica-

ción, a la confesión... y a la penitencia” (*ibidem*). Con el pasar del tiempo y el devenir de los acontecimientos, la referencia constante a Dios se intensificará a medida que se va haciendo siempre más viva la experiencia de su amor providente. Pero el tiempo de preparación es sólo eso: un periodo que adquiere su verdadero significado a la luz del momento determinante al que tiende.

La inspiración fundamental –la fundación propiamente dicha– supondrá el inicio de un proceso que conduce a la realización de la misión encomendada, a través de fases sucesivas. No se trata de un plano detallado en los particulares: la iluminación es poderosa pero también oscura en sus contornos; el fundador suele hablar en este sentido de su “ignorancia”, de su “ceguera”. Luego vendrán no solo sus experiencias al poner en marcha lo que Dios le pedía, sino también intervenciones ulteriores divinas de naturaleza iluminativa, que confirman la inspiración recibida y mueven a realizarla precisando los perfiles y ayudando a desarrollar los contenidos, como se advierte, por ejemplo, en unas palabras de san Josemaría referidas a noviembre de 1929, cuando después de un periodo que él mismo denomina de “silencio del Señor”, hablará de “la renovación de aquella corriente espiritual de divina inspiración, con la que iba perfilándose, determinándose lo que Él quería” (*Apuntes íntimos*, n. 179: AVP, I, p. 320).

a) *El hecho fundacional del 2 de octubre de 1928*

Como ya se ha indicado, el 2 de octubre de 1928 san Josemaría recibió, de una vez por todas, el carisma fundacional, y quedó fundado el Opus Dei. Los demás momentos fundacionales fuertes que vendrán después de aquél dicen, como veremos, referencia mediata o inmediata, explícita o implícita, a aquel momento único, originario y constitutivo. Se trata, respectivamente, del momento inicial del trabajo apostólico con mujeres, que tiene lugar el 14 de febrero de 1930, y del momento ini-

cial de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que viene a la luz el 14 de febrero de 1943. En el alma de san Josemaría esas dos fechas, dentro ya siempre de la luz fundante e indeleble del 2 de octubre, son como el memorial de dos intensos momentos del “pasar” resolutivo divino con respecto a la Obra. Bajo esas nuevas iluminaciones se harán más nítidos y profundos los horizontes de la misión y de la propia fundación (para este párrafo y los que siguen, cfr. ARANDA, 2002, *passim*).

La más completa narración de que se dispone de los acontecimientos del 2 de octubre de 1928 y, por tanto, del hecho fundacional, está contenida en el siguiente pasaje autobiográfico: (2 de octubre de 1931) Día de los Santos Ángeles, vísperas de Santa Teresita: Hoy hace tres años (recibí la iluminación sobre toda la Obra, mientras leía aquellos papeles. Conmovido me arrodillé –estaba solo en mi cuarto, entre plática y plática– di gracias al Señor, y recuerdo con emoción el tocar de las campanas de la parroquia de N. Sra. de los Ángeles) que, en el Convento de los Paúles, recopilé con alguna unidad las notas sueltas, que hasta entonces venía tomando; desde aquel día, el borrico sarnoso se dio cuenta de la hermosa y pesada carga que el Señor, en su bondad inexplicable, había puesto sobre sus espaldas. Ese día el Señor fundó su Obra: desde entonces comencé a tratar almas de seglares, estudiantes o no, pero jóvenes. Y a formar grupos. Y a rezar y a hacer rezar. Y a sufrir... ¡siempre sin una vacilación, aunque yo ¡no quería!” (*Apuntes íntimos*, n. 306: citada y comentada en AVP, I, pp. 293, 302 y 316).

El pasaje, como se puede apreciar, ofrece cuatro interesantes acentuaciones: 1) La *primera* aparece en las palabras: “[hoy] hace tres años”, que se refieren como es evidente a la fecha fundacional, y permiten comprender la importancia que tiene esa precisión cronológica en la conciencia de san Josemaría, que aludirá constantemente a esa fecha durante su vida. 2) La *segunda* es una acentuación

de gran importancia: “[recibí la iluminación] sobre toda la Obra [mientras leía aquellos papeles]”. “Sobre toda la Obra”: a través de la “iluminación” que menciona el texto cabe entender que san Josemaría comenzó a ver algo que, en cierto modo, ya estaba allí delante de sus ojos pero que no había percibido hasta entonces. Eso es lo que quiere destacar cuando redacta esa frase; el término “iluminación” (“iluminación sobre toda la Obra”) es también literalmente suyo. El objeto de aquella inesperada “iluminación” sobrenatural fue “toda la Obra”. En la iluminación fundacional del dos de octubre de mil novecientos veintiocho, la ve “por vez primera”, como algo que Dios le encomienda: su misión. 3) La *tercera* acentuación del texto dice así: “[desde aquel día, el borrico sarnoso] se dio cuenta [de la hermosa y pesada carga...].” Ese darse cuenta incluye no sólo entender la tarea que Dios encomienda sino también asumirla como algo que Dios ordena: aceptar la Obra que se le muestra como un encargo que debe ser hecho. 4) La *cuarta* acentuación queda expresada con: “yo ¡no quería!”. El relieve está marcado sobre las dos últimas palabras del párrafo, que manifiestan la íntima resistencia de san Josemaría a ser fundador y, más aún, a que otros lo tuvieran por tal.

Esa reticencia a aceptarse y a ser tenido como fundador duró cierto tiempo. Diversos textos de san Josemaría –se han citado ya algunos al comienzo de esta voz– dan razón del hecho y de sus claves de interpretación. He aquí otro ejemplo: “Fui cobarde. Me daba miedo la cruz que el Señor ponía sobre mis hombros. Y, con una falsa humildad, mientras trabajaba buscando las primeras almas, las primeras vocaciones, y las formaba, decía: *hay demasiadas fundaciones, ¿para qué otras más? ¿acaso no encontraré en el mundo, hecho ya, esto que quiere el Señor? Si lo hay, mejor es ir allí, a ser soldado de filas, que no fundar, que puede ser soberbia*” (*Apuntes íntimos*, n. 1870: AVP, I, p. 317). Aquí vemos claramente enunciada la raíz

espiritual de la reticencia a fundar (el temor a ser engañado por la soberbia, temor filial de ofender a Dios), a la que se debe asociar una viva actitud personal de rechazo a la promoción de nuevas fundaciones. Eran actitudes que Dios permitía y de las que se iba a servir para hacer a su modo la Obra. Pero al mismo tiempo, aun en medio de aquella resistencia interior, se puso a trabajar sin descanso en lo que Dios le pedía.

b) *La visión intelectual del 14 de febrero de 1930*

Si el 2 de octubre había visto san Josemaría “toda la Obra”, a partir del 14 de febrero de 1930, se le ofrecen perspectivas de su ser íntimo, de su naturaleza y su finalidad apostólica, que antes no había captado. Para comprenderlo mejor es oportuno transcribir unas palabras posteriores suyas, dirigidas a las mujeres del Opus Dei: “Pensaba que en el Opus Dei no habría más que hombres. No es que no quisiera a las mujeres –amo mucho a la Madre de Dios; amo a mi madre y a las vuestras; quiero a todas mis hijas, que son una bendición de Dios en el mundo entero–, pero antes del 14 de febrero de 1930, yo no sabía nada de vuestra existencia en el Opus Dei, aunque sí latía en mi corazón el deseo de cumplir en todo la Voluntad de Dios. Y cuando terminé de celebrar ese día la Santa Misa, conocía ya que el Señor quería la Sección femenina” (*Apuntes tomados en una tertulia*, 11-VII-1974: AGP, P01, 1980, p. 136).

Disponemos de un texto en el que san Josemaría relata el comienzo de esta nueva etapa fundacional, esta nueva iluminación que Dios puso en su alma. “Pasó poco tiempo: el 14 de febrero de 1930, celebraba yo la misa en la capillita de la vieja marquesa de Oteiro, madre de Luz Casanova, a la que yo atendía espiritualmente, mientras era Capellán del Patronato. Dentro de la Misa, inmediatamente después de la Comunión, ¡toda la Obra femenina! No puedo decir *que vi*, pero sí *que intelectualmente*, con detalle (después yo añadí otras cosas, al desarrollar *la visión intelectual*),

cogí lo que había de ser la Sección femenina del Opus Dei. Di gracias, y a su tiempo me fui al confesionario del P. Sánchez. Me oyó y me dijo: «esto es tan de Dios como lo demás». Siempre creí yo –y creo– que el Señor, como en otras ocasiones, me trató de manera que quedara una prueba externa objetiva de que la Obra era suya. Yo: ¡no quiero mujeres, en el Opus Dei! Dios: pues yo las quiero” (*Apuntes íntimos*, n. 1871: AVP, I, p. 323).

En aquel momento el joven fundador entendió que Dios quería que viniera ya a la luz algo que estaba en el ser de la Obra desde siempre: la labor apostólica y pastoral con mujeres. Así pues, aquel día fue escenario no solo de una inspiración de naturaleza fundacional por la que algo no nacido venía a la luz, sino que, inseparablemente, también aparecía la ocasión querida por Dios para desvelar con mayor profundidad la naturaleza específica del Opus Dei. En aquella visión intelectual tuvo lugar, en efecto, algo muy importante para hacerse cargo de lo que es el Opus Dei. Sencillamente esto: el fundador está siendo testigo del confirmarse, por querer expreso de Dios, en medio de la Iglesia y de la sociedad, y a través de su trabajo sacerdotal, de una realidad institucional nueva, formada por hombres y mujeres corrientes, que nace entre sus manos desde la hondura de la vocación bautismal cristiana descubierta a la luz del espíritu fundacional que él mismo ha recibido.

c) *Dos acontecimientos de 1931*

En el año 1931, dentro del torrente de dones con que Dios guiaba los pasos de san Josemaría, tuvo lugar un hecho que él mismo relata con estas palabras: “7 de agosto de 1931: Hoy celebra esta diócesis la fiesta de la Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo. –Al encomendar mis intenciones en la Santa Misa, me di cuenta del cambio interior que ha hecho Dios en mí, durante estos años de residencia en la exCorte... Y eso, a pesar de mí mismo: sin mi cooperación, puedo decir. Creo que

renové el propósito de dirigir mi vida entera al cumplimiento de la Voluntad divina: la Obra de Dios. (Propósito que, en este instante, renuevo también con toda mi alma). Llegó la hora de la Consagración: en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme –acababa de hacer in mente la ofrenda del Amor Misericordioso–, vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: *etsi exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum* (Ioann. 12-32). Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el *ne timeas!*, soy Yo. Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas” (*Apuntes íntimos*, n. 217: AVP, I, pp. 380-381).

A través de las palabras del evangelio de san Juan, y del sentido iluminante que en éstas descubre el fundador, la Obra quedaba referida de una manera honda a la Cruz redentora y a la fuerza de atracción que desde allí ejerce Cristo. Ese alzar la Cruz, ese “poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas”, en el sentido preciso que se le hace entender en aquel día de 1931, es muy importante para captar el contenido de toda la fundación. En aquel destello de luz, que une en modo preciso la exaltación-atracción de Cristo sobre todas las cosas y la actividad apostólica de los que san Josemaría llama “los hombres y mujeres de Dios”, en los que está contemplando implícitamente la Obra, se ha descornado completamente el velo de lo que Dios había querido suscitar en la Iglesia a través de él: colocar a Cristo en la cumbre de todas las actividades y profesiones humanas mediante la santidad de quienes las desempeñan.

Mencionemos también otro suceso de particular importancia. Su contenido esencial lo encontramos sucintamente expresado en unas palabras autobiográfi-

cas, en las que el fundador hace memoria de una singular experiencia espiritual que tuvo lugar el 17 de octubre de 1931: “La conciencia viva de nuestra filiación divina os dará esa serenidad, porque este rasgo típico de nuestro espíritu nació con la Obra, y en 1931 tomó forma: en momentos humanamente difíciles, en los que tenía sin embargo la seguridad de lo imposible –de lo que hoy contempláis hecho realidad–, sentí la acción del Señor que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: *Abba! Pater!* Estaba yo en la calle, en un tranvía: la calle no impide nuestro diálogo contemplativo; el bullicio del mundo es, para nosotros, lugar de oración. Probablemente hice aquella oración en voz alta, y la gente debió tomarme por loco: *Abba! Pater!* Qué confianza, qué descanso y qué optimismo os dará, en medio de las dificultades, sentirnos hijos de un Padre, que todo lo sabe y que todo lo puede” (*Carta 9-I-1959*, n. 60: AGP, serie A.3, 94-1-5).

d) La iluminación del 14 de febrero de 1943

Desde el inicio de la fundación, san Josemaría había comprendido, sin sombra de duda, que el Señor –que le había llamado primero al sacerdocio para inspirarle luego, sobre esa base, la misión fundacional– deseaba que en el Opus Dei hubiese sacerdotes dedicados a la específica actividad apostólica de la Obra. Sacerdotes seculares, que tuviesen su misma vocación y su mismo espíritu. Algunos se le unieron desde el primer momento, como se lee en los relatos biográficos, pero esa misma experiencia hizo entender al fundador que debería haber sacerdotes que provinieran de las filas de los miembros laicos de la Obra. Para llegar a verlo puesto en práctica tendrían que pasar aún algunos años.

En 1940 pensó que se había presentado el momento de llamar al sacerdocio a tres hijos suyos de probada madurez hu-

mana, espiritual y apostólica. Sin embargo, antes de que pudiesen ser sacerdotes, san Josemaría debía resolver un problema por cuya solución venía rezando y haciendo rezar desde tiempo atrás: encontrar un título de ordenación que comportase la posibilidad de incardinarlos en el Opus Dei. Es decir, faltaba aún la plena luz sobre el modo de integrarse orgánicamente el sacerdocio ministerial en el cuerpo eclesial de la Obra.

Estudiaba el fundador diversas variantes canónicas, buscaba el consejo de personas doctas y prudentes, pero no encontraba la solución. La luz llegó al fin el día 14 de febrero de 1943, y de nuevo, como trece años atrás, durante la celebración de la santa Misa: “Pasaba el tiempo. Rezábamos. Los que iban a ser ordenados por primera vez como sacerdotes de la Obra, estudiaban con gran profundidad, poniendo toda su ilusión. Y un día, el 14 de febrero de 1943, celebrando yo en casa de mis hijas –en la calle Jorge Manrique–, después de la Comunión, ¡la solución que se buscaba!: *Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz*. Jesús quería coronar el edificio con su Cruz santísima” (*Carta 29-XII-1947 / 14-II-1966*, n. 159: AGP, serie A.3, 92-6-1).

En su búsqueda de una solución jurídica, san Josemaría había considerado diversas posibilidades, pero ninguna resultaba adecuada. El punto más decisivamente teológico que orientaba esa búsqueda puede describirse de modo breve: el fundador sabe que la componente sacerdotal es tan propia y tan necesaria para la realización de la Obra, tan de su entraña, como la componente laical, y a la vez, que esos sacerdotes deben proceder de hombres que hayan recibido la vocación al Opus Dei y tengan su espíritu.

La gracia del 14 de febrero de 1943 le enseñó cómo hacerlo, es decir, cómo podían quedar incardinados en la Obra sus hijos sacerdotes, de acuerdo con las posibilidades que en aquellos momentos ofrecía el Derecho Canónico: a través de la constitución de la Sociedad Sacerdotal de

la Santa Cruz. Esa fue la luz: comprender el modo de integrar el sacerdocio ministerial en el cuerpo de la Obra, al servicio de la misión de “poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas”, única e idéntica para los laicos y los sacerdotes del Opus Dei, en la unidad del espíritu y la finalidad de la Obra. La realidad teológico-pastoral del Opus Dei como orgánica integración de laicos y sacerdotes, como armónica conjunción del ejercicio del sacerdocio común y del sacerdocio ministerial, quedaba así perfilada.

San Josemaría, que desde antiguo había contemplado su vida entera signada con “el sello real de la Santa Cruz” (*Apuntes íntimos*, n. 389: AVP, I, p. 543; el texto tiene fecha de 14 de noviembre de 1931), entiende este nuevo momento como el de la coronación del edificio de la Obra con el mismo signo divino: la Santa Cruz. Esa es la señal de que, por gracia del constructor divino, la estructura ha quedado finalizada, es decir, completados y plenamente explicitados los perfiles del carisma fundacional. La naturaleza teológica del Opus Dei, como empresa apostólica compuesta de sacerdotes y laicos en íntima y orgánica cooperación, había quedado plasmada en la historia. Debería sólo ser traducida en formas y categorías jurídico-canónicas adecuadas, que terminaron confluyendo, después de un largo itinerario, en la figura de la Prelatura personal, erigida por el Santo Padre Juan Pablo II el 28 de noviembre de 1982, con el nombre de “Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei”.

3. Epílogo: fin de la etapa fundacional y comienzo de la etapa de la continuidad

Las fechas de 2 de octubre de 1928, 14 de febrero de 1930 y 14 de febrero de 1943 han quedado grabadas a fuego para siempre en la biografía del fundador e, inseparablemente, en la historia institucional de la Prelatura del Opus Dei. Después de esas fechas hubo también otras luces divinas y pasos dados no sin inspiración

de Dios; la aprobación pontificia para que pudieran incorporarse al Opus Dei, como miembros, las personas casadas (1948 y 1949) y la apertura de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz a los sacerdotes inordinados en las diversas diócesis (1950). San Josemaría, a partir de las gracias fundacionales, y siempre en comunión con la Iglesia, fue edificando y guiando día a día, con cariño de Padre y autoridad de fundador, el camino de la Obra hasta la fecha de su fallecimiento. Cuando el 26 de junio de 1975 fue llamado a la casa del Padre quedó, por tanto, cerrada la extensa etapa fundacional del Opus Dei, cuyos hitos históricos centrales hemos estudiado.

Desde aquel mismo día se iniciaba una nueva y ya definitiva etapa de la vida y los apostolados del Opus Dei, que Mons. Álvaro del Portillo, primer sucesor de san Josemaría, calificó como “etapa de la fidelidad y la continuidad”. En ese tiempo permanente de plena fidelidad al espíritu fundacional camina la Prelatura desde entonces en su servicio a la Iglesia, al Romano Pontífice y a todas las almas.

Voces relacionadas: Actividad del Opus Dei; Familia, Santificación de la; Filiación Divina; Fieles del Opus Dei; Mujeres en el Opus Dei. Inicio del apostolado; Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, Historia de la; Trabajo, Santificación del; Vida Ordinaria, Santificación de la.

Bibliografía: Antonio ARANDA, “*El bullir de la sangre de Cristo*”. *Estudio sobre el cristocentrismo de S. Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2001²; Id., “El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer ante su propia misión”, en *Hacia el Centenario del Beato Josemaría Escrivá*, Buenos Aires, Universidad Austral, 2002, pp. 117-144; Peter BERGLAR, *Opus Dei. Vida y obra del fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1987; Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1976; Fabio CIARDI, *I fondatori uomini dello Spirito. Per una teologia del carisma di fondatore*, Roma, Città Nuova, 1982; Carmelo DE DIEGO-LORA, *2 de octubre de 1928. Conmemoración de una fecha ju-*

bilar, Pamplona, Universidad de Navarra, 1978; François GONDRAND, *Al paso de Dios: Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1984; José Luis ILLANES, “Dos de octubre: alcance y significado de una fecha”, en AA.VV., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, Pamplona, EUNSA, 1982, pp. 59-99; ID., “Datos para la comprensión histórico-espiritual de una fecha (2-X-1928, fundación del Opus Dei)”, CEDEJ, VI (2002), pp. 105-147; Álvaro DEL PORTILLO, *Una vida para Dios. Reflexiones en torno a la figura de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer: discursos, homilias y otros*

escritos, Madrid, Rialp, 1992; Francisca R. QUIROGA, “14 de febrero de 1930: la transmisión de un acontecimiento y un mensaje”, *SetD*, 1 (2007), pp. 163-190; Pedro RODRÍGUEZ, “«Omnia traham ad meipsum»”. El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer, *Romana. Bolletino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei*, 13 (1991), pp. 331-352; Ana SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1989.

Antonio ARANDA

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.